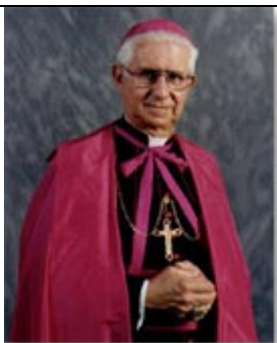


La Ermita de la Caridad:
Cuarenta años remando mar adentro.



Monseñor Agustín Román



Padre Oscar Castañeda

Hace poco más de cuatro décadas, el 8 de septiembre de 1966, el Arzobispo Coleman Carroll, obispo entonces de la diócesis de Miami, hizo un llamamiento al pueblo cubano desterrado. Nos entregaba una valiosa parcela de tierra, junto a los mares que bañan a Cuba y a Miami a la vez, y nos encomendaba levantar un santuario a la Madre de Dios, bajo el título de Nuestra Señora de la Caridad.

Entusiasmaba al arzobispo haber contemplado, a partir de la llegada de la imagen, desde Cuba, el 8 de septiembre de 1961, la devoción de los cubanos exiliados a su Santa Patrona.

Oímos el llamado y, poniendo nuestra confianza en el Señor, nos dispusimos a responder al mismo, tal como el pescador rema mar adentro buscando la pesca, sin otra cosa que sus pobres redes. Aquellos tiempos de los años sesenta y setenta eran bien difíciles. Los cubanos llegaban cada día al exilio con lo que tenían puesto solamente. La mayor parte de los que así arribaban a Miami no contaba entonces con familiares o amigos que los acogieran.

Se podía comenzar gracias a la caridad de las iglesias, que recibían a sus fieles. Es de agradecer los esfuerzos realizados por la Iglesia de Miami, que abrió entonces una puerta de servicios de emergencia con el Centro Hispano Católico, donde se ofrecía respuesta a las necesidades de los que allí se acercaban.

Encontrar entonces un trabajo, por muy humilde que éste fuera, recogiendo tomates en los campos, lavando platos en un restaurante o realizando las más rudas tareas en una factoría, era considerado como un premio que aseguraba el pan de la familia. La mayor recreación y consuelo era reunirse los domingos, en la misa, con otros compatriotas y saludar allí a los recién llegados que siempre traían noticias de Cuba, comentar el trabajo de la semana, y animarse pensando en el próximo regreso a la patria.

En aquellos tiempos no se pensaba en comprar una casa, pues la certeza de un pronto cambio en la situación política de la isla, hacía parecer innecesario todo lo que tuviera visos de perdurabilidad en Miami y, además, sólo se contaba con medios para subsistir, no para grandes adquisiciones. Se alquilaba la vivienda lo más cerca posible del centro de trabajo, porque se carecía de transporte propio.

A pesar de todo ello, el llamamiento del Arzobispo Carroll entusiasmó a la gente y se pensó en levantar la Casa de la Madre primero que las casas de sus hijos, rápidamente, antes que llegara la hora del regreso que se creía inminente.

El arzobispo había hecho la encomienda durante la celebración de la fiesta de la Virgen, y en sólo veintiún días, el 29 del propio mes de septiembre, se organizaba el Comité pro-Santuario, siendo nombrado presidente del mismo el Dr. Manolo Reyes. Ese comité construyó la capilla provisional, que fue bendecida por el propio arzobispo como parte de la celebración de la fiesta de la Caridad el año siguiente, 1967, nombrando en ese día a su director espiritual.

El proyecto comenzaba como la pequeña semilla de mostaza de la que nos habla el Evangelio. Faltaban los recursos, pero sobraba la buena disposición, movidos por el amor a la Virgen. Centenares de devotos se acercaban continuamente a visitar la minúscula capilla, a la cual, desde el primer momento, no le llamaron santuario, ni capilla, sino Ermita, la Ermita de la Caridad. Muchos cubanos peregrinaban en grupos, de acuerdo cada uno a su municipio de origen en Cuba, lo cual era una ocasión de encontrarse, compartir, y orar juntos familiares, amigos y vecinos, por la libertad de Cuba.

Al llegar el año 1968, el arzobispo organizó el Comité de Recaudación y Construcción, nombrando al Dr. José Miguel Morales Gómez como presidente del mismo y a un grupo de activos y entusiastas cooperadores, para la realización del proyecto. Ese mismo día (10 de marzo de 1968), ordenaba organizar la Cofradía de la Virgen de la Caridad, para propagar la devoción a Nuestra Señora, bajo esa advocación, en esta arquidiócesis. El primer grupo de la cofradía se constituyó en la misma Ermita el 16 de junio del mismo año, siendo sus primeros coordinadores Tarcisio y Gina Nieto.

El entusiasmo y la dedicación de los miembros de la Cofradía crearon un ambiente propicio a pesar de las dificultades económicas en medio de las cuales se vivía. Se organizaron las peregrinaciones de los 126 municipios cubanos, distribuyéndolas durante el año. Se comenzaba por el municipio de El Cobre, seguido de los demás municipios de Oriente, y se continuaba con cada provincia hasta llegar al fin del año con Pinar del Río. La Cofradía era como el motor que lo movía todo.

Se diseñaron dos proyectos: el primero fue de un gran monumento con una pequeña capilla en lo alto; pero la devoción de la gente pedía algo que fuera más pastoral, es decir, un templo para la oración, donde, junto a la Virgen, se recordara a Cuba ante el Señor.

La ilusión de un pronto regreso impelía a hacerlo todo con rapidez, para dejarlo terminado antes de partir.

El comité llegó a la conclusión de que debía cambiarse el primer proyecto, y así surgió el segundo, consistiendo éste de un pequeño templo para orar al Señor, siguiendo la misma estructura del antes proyectado monumento. Se trabajó arduamente, y el 2 de diciembre de 1972, con alegría, una gran multitud participó en aquella histórica celebración, frente a la obra levantada por todos, cuando el Cardenal John Krol, Arzobispo de Philadelphia y entonces presidente de la Conferencia de Obispos de Estados Unidos, junto con el Arzobispo Carroll y los Obispos Eduardo Boza Masvidal y René Gracida, bendecía lo que era el fruto de la fe y el sacrificio de un pueblo en destierro. La casa de la Madre quedaba construida antes que las casas de sus hijos como signo filial de su gran devoción.

Se trató, siguiendo las orientaciones del Arzobispo McCarthy, de dedicarlo con preferencia a la evangelización de todos, pero, principalmente, de los más alejados. De ahí el esfuerzo por tener el Santuario abierto siempre, ofreciendo la oportunidad de la oración y la puerta abierta del perdón en el sacramento de la reconciliación.

El Santuario, cuya estructura se levanta como un recordatorio de la primera oración a la Virgen expresada popularmente por el pueblo cubano cuando implora: “¡Virgen de la Caridad, cúbrenos bajo tu manto!”, nos llama constantemente a buscar, en María, a Cristo Salvador del mundo y presente en la eucaristía que celebramos diariamente.

Aunque desde el comienzo, como ocurre en todo templo católico, asistían fieles de distintos países, con el aumento de la inmigración desde muchos pueblos diferentes, la Ermita se ha ido convirtiendo en la casa de toda América y hoy los miembros de la Archicofradía proceden de todas partes. La devoción a la Virgen de la Caridad, que hasta 1961 se limitaba principalmente a Cuba, hoy ha tomado, sin haberlo pretendido, una dimensión continental, lo cual nos llena de gran satisfacción, porque así, compartimos en la Ermita un mismo amor a la Madre de Dios, el mismo amor que sembraron los misioneros en el Nuevo Mundo en la primera evangelización.

Las peregrinaciones de todos los pueblos del continente durante el mes de octubre y la anual Romería Latinoamericana son los mejores testimonios de esto que decimos.

Con los años, los devotos han ido ampliando el Santuario y se ha construido el Salón Padre Félix Varela, donde se conservan las paredes de la capillita original, que desde 1975 fue convertida en parte del convento para las Hijas de la Caridad que atienden este centro de devoción mariana.

En el año 2000, el Arzobispo John Clement Favalora nos hizo el regalo de obtener, de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, la designación de la Ermita de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre de Miami, como Santuario Nacional.

Al celebrar estos cuarenta años, nos unimos a todos los sacerdotes y diáconos que han servido en el Santuario, a las Hijas de la Caridad, y a la siempre fiel Archicofradía de la Virgen, para dar gracias a Dios, a la Arquidiócesis de Miami que celosamente nos ha ayudado y acompañado, a los miles de devotos, muchos de ellos ya fallecidos, y a todos los que han cooperado con esta obra. A todos les damos la bendición.

P. Oscar Castañeda
Rector del Santuario

Mons. Agustín A. Román
Rector Emeritus

Miami, 8 de septiembre del 2007